

VIDA, PSIQUIATRÍA Y BIOPOLÍTICA. UN ASUNTO PSICOPATOLÓGICO

Pablo Ramos Gorostiza¹

Médico Adjunto. Servicio de Psiquiatría. Hospital de La Princesa.

Resumen:

El concepto de vida resulta ser una encrucijada esencial de la actualidad, y por ello lo es de la psiquiatría. A ésta le resulta imprescindible hacerse con una noción satisfactoria de lo que significa vida que, lejos de ser primariamente un simple concepto científico-biológico, es un producto de la tradición occidental que se diversifica hasta venir a dar en la conceptualización biomédica que parece la más obvia para los psiquiatras. El desarrollo histórico-conceptual de la psiquiatría está ceñido en torno a su significado. Pero, simultáneamente, y dentro de la misma tradición se despliega su significación política, o más bien biopolítica. Uno de los propósitos de este trabajo está en desentrañar el vínculo entre vida y psiquiatría y posibilitar una aclaración fructífera con la biopolítica, con la que la psiquiatría se encuentra de hecho entremezclada. Se analizan algunas implicaciones de alcance psicopatológico que se derivan del encuentro entre vida, psiquiatría y biopolítica.

Palabras clave: Vida, biopolítica, subjetividad, psicopatología, negatividad.

LIFE, PSYCHIATRY AND BIOPOLITICS. A PSYCHOPATHOLOGICAL AFFAIR

Abstract:

The concept of life is a crossway which essentially concerns psychiatry since its beginnings as a medical-social practice. Psychiatry needs a concept of life freed from its current biomedical meaning, which is not a simple, unproblematic scientific-biological term, but the result of a long, complex, cultural process carried out in Western thought since Aristotle. The historic-conceptual development of psychiatry is guided and constrained by the meaning of 'life'. But, within the same Western tradition unfolds a political, or

¹ Correspondencia: Pablo Ramos Gorostiza. Médico Adjunto. Servicio de Psiquiatría. Hospital de La Princesa. C/Diego de León, 62. 28006 Madrid.

rather biopolitical meaning of life. This paper aims to shed some light on the bonds between life and psychiatry and to come to a fruitful dialogue with the concept of biopolitics, as it shares common roots with psychiatry. The consequences of this intertwining for psychopathology are further analysed.

Key words: Life, biopolitics, subjectivity, psychopathology, negativity.

1. INTRODUCCIÓN

El concepto de vida ocupa un lugar preeminente en la psiquiatría, tanto desde el punto de vista tanto teórico como práctico, es decir, clínico. Lo implicado en el concepto o la noción de vida es algo que siempre, cada vez, para el psiquiatra tiene consecuencias, es decir, posee un efecto de arrastre en su acción sobre el abordaje clínico del paciente, sea o no consciente. La psiquiatría, en la medida en que habita una tradición que se constituye desde la idea de vida de comienzos del siglo XIX, desde que su desarrollo se acompaña perfectamente con la medicalización, incorpora a su haber esa noción de vida que le es adherida sin la reflexión y apropiación debida. Esto es algo que se hará muy claro en las siguientes décadas del siglo y sobre todo al comienzo del siglo XX.

Ésta es la cuestión de fondo que se debate en la recensión de Heidegger a Jaspers a propósito de la *Psicología de las concepciones del mundo*², y que permanece hasta ahora mismo sin respuesta. La mencionada recensión supone un punto crucial de la psicopatología precisamente porque podría darse una respuesta a esta oposición entre ciencia y vida que no deja de acompañar a la psiquiatría, ya que pretende asentar una discontinuidad ontológica diferencial. La vida, hasta ahora mismo, basta que dirijamos una rápida mirada a nuestro alrededor, es un producto complejo de la tradición occidental y, en todo caso, su definición más relevante, la de Aristóteles, va dirigida a establecer la diferencia, el umbral, la distancia respecto a la animalidad, precisamente la que distingue al animal que habla. El que la psiquiatría se haya decantado precisamente, de forma necesaria, por la perspectiva biológica como la manera exclusiva de entender la noción de vida, es una de sus más significativas apuestas. Esto supone no otra cosa que

² JASPERS, K. (1954), *Psychologie der Weltanschauungen*, Berlin-Göttingen-Heidelberg, Springer, 4ª ed. Hago notar que en el Prólogo se menciona ya la relación simultánea entre conocimiento científico y teoría de la vida en una concepción del mundo, p. VII. Es preciso mencionar que el propio Jaspers tematiza la noción de vida en la *Allgemeine Psychopathologie* (1973), precisamente en la parte cuarta, capítulo tercero, §§ 3 y 4, pp. 571 y 583, «Der Bios als biologische Geschehen» y «Der Bios als Lebensgeschichte», Berlin-Heidelberg-New York, Springer, 9ª ed. No deja de ser significativo que se vincule «Bios» a «Lebensgeschichte», concepto central en la propia evolución de Binswanger. Cfr. *Lebensfunktion und innere Lebensgeschichte*. En BINSWANGER, L. (1947), *Ausgewählte Vorträge und Aufsätze*, Vol. 1, Bern, Francke, pp. 50-73; RAMOS GOROSTIZA, P., PORTELA VICENTE, M. (2005), Un momento crucial de la psicopatología: la recensión de Heidegger de la *Psicología de las concepciones del mundo* de Jaspers, *Actas Españolas de Psiquiatría*, 33: 46-54.

haber puesto en su propio núcleo la interna conflictividad que ha acompañado a esa noción de vida a lo largo del siglo XX, sin desprenderse de la enorme complejidad conceptual que está fuera del alcance de sus recursos para pensarla. Entiendo por esto último los conceptos que le proveen la biología o la neurociencia, que son las que le suministran actualmente el bagaje intelectual para hacer frente a este reto.

También afecta a la misma medicina; adviértase lo que sucede, por ejemplo, en las cuestiones referentes a la bioética, qué se entiende por vida y muerte, y hasta qué punto ha cambiado esta noción en los últimos años, con la salvaguarda de que la medicina dispone de un orden interno más homogéneo y decididamente más acoplado a la reducción en términos de experiencia empírica de lo que le gustaría a la psiquiatría. Lo que puede significar que la medicina interna, por ejemplo, se aviene perfectamente a la semiología médica y las subsecuentes fases reductivas que le independizan de las variables puramente observacionales de partida. Pero este proceso, por contra, en psiquiatría ha resultado ser un fracaso sin paliativos a los que precisamente la psicopatología, como lenguaje de la psiquiatría, se ha prestado a contribuir de forma decididamente irreflexiva generando problemas, en parte precisamente, por no haber solventado lo implicado en el concepto de vida.

Pretendo, en lo que sigue, tratar de hacerme cargo de los resultados de la evolución conceptual de lo que ha significado el término vida, pero ciñéndome ahora más al carácter abstracto y artificioso del concepto vida para la psiquiatría, procurando tener en cuenta las aportaciones de los conocimientos que se han venido desarrollando los últimos años, sin dejar de considerar propuestas no sólo filosóficas sino políticas, en la medida que se entrecruzan con los conceptos psiquiátricos. En tanto que vida es una producción conceptual, pasar por alto estas aportaciones o pensar que hay un estrato puro, básico y fundamentado del concepto de vida, una vida desprovista de concreción, supondría una renuncia irreparable de cara a obtener una noción mínima del mismo que esté a la altura del momento.

Vida, como tendremos oportunidad de advertir, es un producto que a la psiquiatría le gustaría que estuviese bien asentado en una científicidad fuera del alcance de la parroquia filosófica, algo que sus propios pacientes y su historia conceptual le niegan con contundencia. La vida es un concepto de amplio alcance que actúa como una categoría difícil de someter a la esquemática reductiva de las ciencias biomédicas. Aquí se intenta poner de manifiesto que para satisfacer sus exigencias epistémicas de orden interno, es decir, lógicas, y por tanto, para estar a la altura de su realidad, es menester dar alcance conceptual a la noción de vida, superando la perspectiva biomédica e incorporando la tradición que ha intervenido en su compleja conformación.

La vida y la individuación tienen una génesis biológica muy definida, de la misma manera que lo viviente no se puede escindir de lo subjetivo, es decir, la facticidad y la vida viviente tienen que tener un modo de copertenecerse sin que ello signifique absorber una en otra o diferenciarlas radicalmente. La psiquiatría nos muestra precisamente

las consecuencias de ambas alternativas infructuosas. La opción pasa por advertir un umbral de distinción, cuyas dificultades de mantenerlo abierto como tal se plasman en las vicisitudes acaecidas en la medicina, la psiquiatría y la política o biopolítica. Este lugar es el de la enunciación, la negatividad, el proceso mismo en que la subjetividad consiste, capaz de posibilitar pensar lo concreto e individual y escapar a las dificultades de la positivación que impone la semiología tradicional y que en psiquiatría ha resultado fallida y limitada.

2. LA VIDA COMO EJEMPLO DE LA POSITIVACIÓN DE LO INDETERMINADO. EL CAMINO DESDE EL MECANICISMO A LA CIBERNÉTICA

La psiquiatría obtiene su concepto de vida una vez que su desarrollo se ha medicalizado convenientemente, y ello con independencia de que en todo momento a lo largo del periodo de formación institucional y de relativa estabilización conceptual existan situaciones o episodios que pongan en entredicho la firmeza del mismo concepto de vida postulado y usado. A pesar de que en el mismo periodo, durante el siglo XIX, en las ciencias humanas que se están formando, se asiste a una convulsa lucha por la definición de vida humana, el hecho de que la vida se presente como humana le confiere un añadido que aporta una conflictividad especial, de la que está exenta de entrada la consideración meramente médica. En psiquiatría la vida es obviamente humana, de qué otro tipo se va a tratar. Del mismo modo que la vida, que ocupa la actividad del médico y del cirujano, hace referencia a su humanidad, es una humanidad que se afirma sin contraponerla a la animal, de la que en todo caso se admite su continuidad por lo que respecta a los estratos más bajos, estructurales de la misma.

Esto no implica, ni mucho menos, que la distinción hombre/animal no vaya a afectar muy decisivamente al resultado conjunto de la noción de vida humana para la posterior evolución de los conceptos psiquiátricos, pero es el caso que la oposición es latente para los médicos del momento, no resulta en principio problemática, y esto es algo que es relevante de cara a comprender el alcance de su interrogación y pre-compresión de lo que por humano entienden. La vida para los médicos del siglo XIX no posee la significación ni el alcance que se les impone desde fuera a lo psiquiatras del mismo periodo. Es un concepto, desconectado y aislable, que ha devenido perfectamente determinado, siempre y cuando quede restringido el horizonte de su interrogación, cosa que se logra gracias a la profundización en la actitud mecanicista cartesiana³. Una vez logrado semejante noción de vida, se aplica en serie hacia arriba

³ La tradición biológica del XVIII sigue, con el suizo Albrecht von Haller, la estela de la mecánica newtoniana al sentar las bases de la nueva biología postanimista. Otra cosa es que se supiese qué tipo de fuerza anidaba en la vida y qué conjeturas eran necesarias para comprenderla.

sin restricciones, desde la célula al hombre; de modo que aquello que resultaba claro y distinto en la vida, pierde sus distinciones a pesar de mantener, o precisamente por mantener discursivamente el mismo argumento, produciéndose un descarrío. Un cambio que se trata de explicar en su singularidad ontológica. En todo caso la noción de vida a la altura del final de la modernidad es un eximio ejemplo de positivización de lo indeterminado⁴, proceso general del pensamiento occidental que, a través de la exigencia predicativa, va trazando el camino a cubrir y, al mismo tiempo, dificultando su logro, lo que se pone de manifiesto en las distintas formas de abordar dicho asunto. En la noción de vida se concentra de manera peculiar esa dificultad y hace que se constituya en un hito del camino del paso desde la antigüedad a la edad moderna.

2.1. El logro de una noción de vida biológica

El caso se advierte bien en Bichat, siendo para él la vida nutritiva, precisamente, el fondo sobre el que se establece la vida de los animales superiores. En este momento la distinción entre animales superiores y hombre no ha lugar. Desde el punto de vista celular, molecular o tisular, la vida no requiere para su distinción de la contraposición con los animales superiores por respecto al hombre. Todos se amparan en el mismo concepto de vida nutritiva aristotélico⁵, sin que por ello deje de ser pertinente en este momento otro tipo de distinciones que son las que van a permitir precisamente ir hacia delante en la elaboración de los conceptos de vida y que requerirán, en su día, la contraposición entre seres superiores y hombres. Para Bichat la vida animal es una vida orgánica definida por su relación con el mundo exterior, por la asimilación y excreción, primariamente como reacción⁶. La vida hacia el exterior es la verdadera vida animal, ya que la vida hacia el interior se sustancia en una serie de funciones ciegas y repetitivas, que no por ser necesarias son suficientes para definir lo que se debe entender por vida nutritiva. Esta noción no deja de ser la que va a conferir la característica más básica de vida y la que por expansión conceptual, del concepto de exterioridad, va a permitir que aparezca como plenamente autosuficiente y capaz de abarcar todas las posibilidades implícitas en la noción de vida. La regulación externa e interna del medio va paulatinamente obteniendo una precisión que le permite independizarse de las nociones mecánicas y alcanzar, a medida que se conocen los procedimientos de estabilización interna a partir del conocimiento de los elementos celulares, una independencia de la física. Con la fisiología alemana la regulación

⁴ GAMM, G. (1994), *Flucht aus der Kategorie. Die Positivierung des Unbestimmten als Ausgang der Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp, pp. 212 y ss.

⁵ ARISTÓTELES, *De Anima*, 415a.

⁶ LAÍN ENTRALGO, P. (1946), *Bichat*, Estudio preliminar, Madrid, Centauro, p. 51; FOUCAULT, M. (1977), *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, México, Siglo XXI, p. 219.

bernardiana pasa a ser un concepto de la biología a la espera de convertirse en un concepto de la cibernética⁷.

Este espejismo que posee la noción de vida (en cuanto sólo orgánica) se oculta a sí mismo su dependencia del origen aristotélico por una parte y, por otra, se priva de atender a las dificultades históricas que establece el concepto de vida humana con los seres superiores. En todo caso, la noción de vida en este contexto biomédico se dota de una pretendida autosuficiencia que no choca con sus límites hasta que no confronta con realidades más complejas, precisamente aquellas que se pusieron en marcha ya en Aristóteles, es decir: la necesidad de definir la vida humana frente a la mera animalidad, las que remiten a la consecución de una vida buena en la ciudad.

2.2. La vida en la biología compleja

Una vez que la vida había alcanzado a ser definida como regulación del medio interno, sobre todo gracias a la obra de Claude Bernard, el mecanicismo puro y duro había dejado paso a un nuevo objeto que alcanzará hasta la cibernética y la teoría de sistemas. La vida como autorregulación, en tanto que supone un intercambio entre un medio interno y otro externo es una idea biológica que se va abriendo paso a lo largo del siglo XX y llega a afianzarse en la segunda mitad del siglo a medida que se resuelve la diferencia entre los dos animales que menciona Bichat, el que se dirige hacia dentro, el orgánico, y el que se dirige hacia fuera, el verdadero animal: ambos cohabitan en el hombre, pero no coinciden⁸. La biología se construye llevando hasta las últimas consecuencias esta concepción de la vida como exterioridad dentro del marco de las relaciones puramente positivas, y en esto es heredera de la obra de Uexküll⁹. La exterioridad se adecua perfectamente a las concepciones psicológicas relacionales, incluso a la relacionalidad en que viene a dar el pensamiento más actual, si se lo entiende desde una perspectiva ontológica.

Con el concepto de autopoiesis¹⁰, los seres vivos, incluidos los seres humanos, son caracterizados como sistemas determinados estructuralmente. Esto significa que lo que sucede en el ser vivo viene regulado interiormente y es activado por la respuesta exterior, pero no determinado por ésta. La continua producción de sí mismos, por el continuo recambio de componentes, es lo que se pierde en la muerte. Los seres vivos son autopoieticos y están vivos sólo mientras están en autopoiesis. Las propie-

⁷ CANGUILHEM, G. (2005), *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 103-127.

⁸ AGAMBEN, G. (2005), *Lo abierto. El hombre y el animal*, Valencia, Pre-textos, p. 27.

⁹ UEXKÜLL, J. V. (1942), *Meditaciones biológicas*, Madrid, Revista de Occidente.

¹⁰ MATURANA, H., VARELA, F. (2003), *El árbol del conocimiento. Bases biológicas del entendimiento humano*, Santiago de Chile/Buenos Aires, Editorial Universitaria/Lumen, p. 28.

dades de autonomía, emergencia, clausura operacional, autoestructuración y reproducción autopoiética resumen el principio de autopoiesis que inaugura un modo de entender lo vivo que se aparta de las concepciones anteriores y aboca a un modo de entender el conocimiento como acoplamiento estructural que pretende dar una respuesta a las aporías de las teorías del conocer y la realidad, introduciendo el hacer como operación del ser humano a través del lenguaje¹¹.

La biología compleja que sostiene Morin recorre un camino parecido, en parte basándose en los resultados anteriores, reconociendo que el conocimiento es un fenómeno biológico y por tanto ratificando, como antes Maturana, la indistinción entre el animal y el hombre: la hominización no suprime al animal en el hombre, lo acaba, se realiza una mutación en la animalidad que se convierte en humanidad. Ello con independencia de que no se puedan extraer normas de las ciencias biológicas¹².

Como se puede advertir, la distinción entre animal y hombre, al depender de un concepto de vida, se sostiene en una propuesta que no deja de ser arbitraria. Aunque se ampare en la determinación de vida celular que se aplica en serie hacia arriba en la cadena biológica. Con ello se adopta un punto de partida, y se desplaza a mera hipótesis la génesis del comienzo (*Beginn*) desde el que arrancar, proporcionado un principio (*Prinzip*) que da cuenta de la secuencia física del acontecer y al final da alcance a todo el recorrido, lo que permite actuar anticipadamente como si se estuviese de entrada ya en la verdad, pues el principio, en este caso la vida biológica compleja, actúa como tal. Al hacer esto se actúa obviamente, como si la cuestión de la vida fuese un asunto meramente biológico. Pero precisamente esta apuesta, que es el pan nuestro de cada día en psiquiatría desde siempre, impide advertir la interna dificultad de comprender la vida en cuanto subjetividad no substancial, dándose una solución al problema del inicio (*Anfang*) por eliminación¹³. Queda así cerrado el paso al proceso en que consiste y a la actividad intelectual que supone en el psiquiatra.

2.3. La noción de vida como necesidad argumental en la medicina

Por otra parte, no se puede dejar de advertir que existe una exigencia interna al propio proceso de predicación —y subsidiariamente de argumentación—, por la que la noción de vida pasa de lo molecular a lo molar y de ahí a lo personal, de la célula

¹¹ MATURANA, H. (1997), *La realidad: ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad*, Barcelona, Anthropos, p. 11.

¹² MORIN, E. (1983), *El método. La vida de la vida*. Madrid, Cátedra, p. 489; Cfr. PELEGRINA, H. (2006), *Fundamentos Antropológicos de la Psicopatología*, Madrid, Polifemo.

¹³ HEGEL, G.W.F. (1986) Differenz des Fichteschen und Schellingschen Systems der Philosophie. En *Jenaer Schriften 1801-1807, Werke 2*, Frankfurt, Suhrkamp, pp. 35 y ss.; y HEGEL, G.W.F. (1975), *Wissenschaft der Logik*, Hamburg, Meiner, Vol. 1, p. 51; CACCIARI, M (2001), *Dell'Inizio*, Milano, Adelphi, pp. 101 y ss.

al tejido-órgano y de éste al organismo entero, de manera que la mera exigencia predicativa para decir un singular requiere múltiples referencias capaces de hacer explícito lo implícito, de exponer argumentativamente algo supuestamente dado.

En la medicina, el signo que se requiere en la semiología médica sigue este curso y aparece funcionando de una forma razonablemente satisfactoria a expensas de manejar la exterioridad como si fuese la interioridad. Como si todo el proceso por el que se subsume el dato, singular, en la ley que da cuenta de él, el universal, quedase nítidamente expuesto, transparente a la argumentación por el que lo dado alcanza inteligibilidad. Este proceder exige una anticipación mecánica, en la que el orden de lo explicable quede predeterminado en todas sus posibilidades por el marco de interpretación racional. Lo que sucede bien pronto es que no se da semejante acomodación entre la aparición de lo que aparece y las leyes dispuestas a dar cuenta de ello.

2.3.1. *En la neurología*

Desde la exitosa entrada del localizacionismo cerebral, con la aportación de Broca a la Sociedad de Antropología de París en 1861¹⁴, se establece la esperanza de que se encuentre un asiento cerebral para cada alteración observada. Los trabajos son incesantes y no deja de haber aportaciones que abundan en esta idea, sin que por ello sea posible ofrecer una teoría que permita dar cuenta de la totalidad de los fenómenos patológicos observados.

Al existir una serie de fenómenos que no se acomodan a esta conformación intelectual previamente establecida —como sucede por ejemplo, con la noción conceptual de la neurología como sistema de nervioso integrado que expresa una individualidad personal—, esto supone una necesidad de dotarse de conceptos capaces de ofrecer ideas de completud o totalidad que sostengan la exigencia discursiva tendente a clausurar la apertura de la indeterminación¹⁵. El concepto de hecho es cada vez menos susceptible de satisfacer por sí mismo la exigencia de completud que tiene que otorgarle la regla bajo la que se subsume la individualidad para devenir inteligida cabalmente.

De modo que toda la estructura de la neurología se basa en someter los fenómenos clínicos a un todo integrado que permita explicar el máximo de excepciones. En este ingente esfuerzo se devana la mente de los grandes neurólogos desde el mencionado Broca hasta Jackson, Head, Goldstein¹⁶, Gonzalo¹⁷ y el mismo Luria¹⁸ o Da-

¹⁴ AJURIAGUERRA, J., HECAEN, H. (1949), *Le cortex cérébral. Etude neuro-psycho-pathologique*, Paris, Masson & Cie, p. 3.

¹⁵ LAÍN ENTRALGO, P. (1941), *Medicina e Historia*, Madrid, Escorial, p. 350, n. 32.

¹⁶ GOLDSTEIN, K. (1961), *La naturaleza humana a la luz de la psicopatología*, Buenos Aires, Paidós.

masio, por citar sólo unos pocos nombres eminentes. El supuesto del que nunca se apean es la referencia espacial para toda afección. Así, aunque en el comportamiento se dé una relación entre medio y organismo, y se le asigne un sentido que dependa de una significación vital, se la reconoce como si actuase *partes extra partes* en el cerebro. Independientemente de que no se logre semejante propósito nunca, de que no se pueda dar cuenta de los fenómenos tanto fisiológicos como patológicos, la faena se extiende hasta la actualidad amplificando el campo de efectuaciones del sistema nervioso, a expensas de dotar al concepto de integración de los rendimientos explicativos capaces de incorporar un creciente número de datos a favor y de excepciones. Este concepto de integración cerebral, que puede adoptar otros nombres según el momento y la escuela, reviste tal capacidad de fascinación que consigue, siempre y sólo momentáneamente, que los autores se olviden de las excepciones y lancen sus hipótesis hacia un sistema nervioso tan complejo como para dar cuenta de toda la patología de la que el cerebro se pone como causa. Y la psiquiatría no es una excepción. La *Gehirnpathologie* de Kleist se puede citar a modo de epítome de la llamada mitología cerebral de la que la obra de Wernicke¹⁹ marca un punto culminante como ejemplo a seguir para la psiquiatría. Kraepelin, con todo su denuedo científico, se queda lejos de semejante furor localizador.

La magia de la palabra integración cerebral se asienta en la representación, y llega hasta la teoría de la mente que tiene que sostenerse en el principio de que todo estado mental esta cimentado en una organización de la información cerebral que funciona como una sintaxis, con las propiedades de proporcionar causas y sentido, de remitir a una estructura cerebral. El significado tiene que presuponerse como emergiendo o siendo segregado por algo como la mente para conjurar la ambigüedad semántica. De tal manera, el caso concreto, el singular, siempre tiene que aparecer predeterminado a las características que lo hacen reconocible. Sólo así es coherente la explicación de algo en el mundo, es decir, el modo como los objetos mantienen su constancia y propiedades con independencia de la facticidad y contingencia que los caracteriza. Es preciso decir que entre el mundo y el lenguaje se requiere tiempo, que suspende las relaciones de predicación tal como se viene realizando por la lógica de la subsunción tradicional.

En ese trasiego se encuentran metidos de lleno Monakow y Mourgue cuando buscan escapar de la indeterminación en que se han metido en su indagación bioló-

¹⁷ GONZALO, J. (1945), *Investigaciones sobre la nueva Dinámica Cerebral*, tomo 1 y (1950) tomo 2, Madrid, CSIC.

¹⁸ LURIA, A. R. (1984), *El cerebro en acción*, Barcelona, Martínez Roca; LURIA, A. R. (1979), *Conciencia y lenguaje*, Madrid, Visor.

¹⁹ WERNICKE, C. (1906), *Grundriss der Psychiatrie in klinischen Vorlesungen*, Leipzig, Georg Thieme, 2ª ed., p. 209: «Es gibt keinen Geisteskranken, der nicht in irgendeiner Weise desorientiert wäre». A partir de aquí está claro lo que por vida —conciencia, persona, individuo, subjetividad, etc.— se puede entender en la psicopatología clínica dominada por el empirismo.

gica de la vida humana. La determinación requiere aportar un suplemento teórico que sea capaz de esa integración superior si se quiere dar cuenta de la actividad de la conciencia, como expresión de la vida humana con todo lo que ella tiene de particular²⁰. Por más que la fisiología demanda de otros saberes para subsumir la diversidad de fenómenos que se le presentan, acaba por imponerse la exigencia determinante, lo más simple posible.

2.3.2. *En la medicina psicosomática*

De hecho, el proceso de construcción de la medicina como saber sobre el hombre, pero definido en términos estrictamente biológicos (algo que se alcanza plenamente al final del siglo XIX), resulta de ir mutilando elementos necesarios para la práctica clínica, y por ello será necesario al comienzo del siglo XX completar esa idea de la vida del hombre que le queda algo magra para lo que tiene que atender. La medicina psicosomática será una buena ocasión para llevar a cabo esa tarea de relleno de la oquedad que ha ido dejando la práctica de la medicina científica. Busca tematizar la vida humana como tal.

Se debe entender por psicosomática aquella medicina que pretende completar tanto la patología exclusivamente somática como la exclusivamente psíquica. La visión de la enfermedad se realiza desde la condición personal del enfermo, y se opone a la patología científico natural del siglo XIX edificada sobre la idea de la pura necesidad física²¹. De modo que la patología psicosomática se convierte en Krehl, Weizsäcker²², Siebeck²³, Uexküll²⁴ o Jores²⁵ en antropología médica. En estas condiciones se aborda el concepto de vida y se renueva la temática diferencial que tratar de determinar lo humano del hombre con herramientas de saberes que intentan conjugar los conocimientos filosóficos y científicos: Scheler²⁶, Plessner²⁷, Portmann²⁸, Buy-

²⁰ MONAKOW C.V., MOURGUE, R. (1928), *Introduction biologique a l'étude de la Neurologie et de la Psychopathologie. Intégration et désintégration de la fonction*, Paris, Alcan, p. 94.

²¹ LAÍN ENTRALGO, P. (1950), *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática*, Madrid, Paz Montalvo, pp. 95-6.

²² WEIZSÄCKER, V.v. (1962), *El círculo de la forma. Teoría de la unidad de percepción y movimiento*, Madrid, Morata.

²³ SIEBECK, R. (1949), *Medizin in Bewegung. Klinische Erkenntnisse und ärztliche Aufgabe*, Stuttgart, Thieme. Resulta también interesante la recopilación de trabajos contenidos en SIEBECK, R. (1959) *Medicus Viator. Fragen und Gedanken am Wege Richard Siebecks*, Tübingen, JCB Mohr (Paul Siebeck).

²⁴ UEXKÜLL, Th.v.(1963), *Grundfragen der psychosomatischen Medizin*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt.

²⁵ JORES, A. (Ed.) (1976), *Praktische Psychosomatik*, Bern-Stuttgart-Wien, Huber.

²⁶ SCHELER, M. (1936), *El puesto del hombre en el cosmos*, Madrid, Revista de Occidente.

²⁷ PLESSNER, H. (1975), *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, Berlin-New York, Walter de Gruyter.

tendijk²⁹ y Gehlen³⁰ son algunos de los autores que contribuyen a la especificación y creación de este campo, en el que se clarifica lo humano como una compensación negativa que le separa del animal³¹. Sin embargo, la medicina psicosomática resulta ser ejemplar, por lo dicho, a la hora de mostrar la insuficiencia del concepto de vida que, al confundirse con el de persona, no le posibilita resolver los problemas fundamentales: que la vida exceda de continuo lo implicado en el concepto de vida y que se la quiera aprehender desde herramientas provenientes de la medicina científico-natural.

2.3.3. En la psiquiatría

En la psiquiatría esa excedencia de sentido ya no va a ser suplida por el sentido expresivo, exterior, de la semiología, y nos vamos a encontrar con problemas de una dimensión más importante desde el punto de vista metodológico. No es posible construir una teoría, y tampoco una psicopatología, sin haber dado cuenta de una noción de totalidad, de límite, exclusión. También la medicina y la neurología necesitan de una teoría de la totalidad para poder articular un discurso coherente, en la medida en que quieran decir y enunciar algo que permita cierta consistencia veritativa. La historia de la medicina nos ofrece un recorrido por el cual trata de obtener una teoría de la vida que satisfaga los requerimientos tanto lógicos como ontológicos, de los cuales la verificabilidad empírica es sólo un añadido tardío, que no está exento de dichos requerimientos. La verificabilidad se concreta como una modalidad semiológica en torno a una teoría causal, configurándose el campo psiquiátrico. Se pretende con la remisión a la verificabilidad un plus de verdad mediado a través de conceptos que no alcanzan a la vida como concepto en su núcleo y significación. Dada la forma de verificar de la ciencia empírico-analítica y su exigencia enunciativa, la tendencia a reducir la complejidad se impone al final de una forma inevitable. En psiquiatría no se da, ni se puede dar de forma generalizable, una relación entre signo y causa³². Esta es la cruz de la psicopatología descriptiva. La vida aquí se tiende a reducir a puro sentido biológico, lo cual impide abarcar las efectuaciones a las que la psiquiatría está vertida, que nunca son formas de vida meramente positivizadas, porque vida en psiquiatría remite al enigma de la subjetividad.

²⁸ PORTMANN, A. (1979), *Vom Lebendigen. Versuch zu einer Wissenschaft vom Menschen*, Frankfurt, Suhrkamp.

²⁹ BUYTENDIJK, F.J. (1973), *El hombre y el animal*, Buenos Aires, Carlos Lohlé.

³⁰ GEHLEN, A. (1980), *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Salamanca, Sígueme.

³¹ MARQUARD, O. (2001), *Filosofía de la compensación. Escritos de antropología filosófica*. Barcelona, Paidós.

³² Ni en la clínica, ni en la historia, ni en la (metodo)lógica de abordar su realidad concreta es esto discutible.

Lo que sucede es que vida es una noción universalísima y que actúa como una categoría del pensamiento de cara a ofrecer aquello que el concepto de subjetividad se resiste a dar. Por ello en la política el concepto de vida también va a ocupar un lugar preeminente, más allá incluso de lo que sería deseable y esperable para el tipo de necesidad que tiene que satisfacer. Y la necesidad que debe cumplir primariamente es la noción de soberanía, a la que le es inherente que se sustancie en una entidad que pueda eventualmente identificarse de modo individual, por concreto y distinto. Como vamos a tener oportunidad de advertir, la vida se aviene bien a estos requerimientos, una vez que las ciencias biomédicas, de la mano de su necesaria positividad, hayan alcanzado un consenso satisfactorio sobre lo que significa.

2.4. La psiquiatría y la política

El nacimiento de la psiquiatría como tal, representa un momento peculiar de la historia de la modernidad, su pretensión de aparecer hoy en día como resultado de una evolución espontánea en pos de un ideal científico, es algo que ya hace mucho no se lleva. Su esfuerzo por constituirse en saber medicalizado confronta con las tareas que le estaban asignadas y que tenía que reencauzar. La zona de tránsito que ocupa la psiquiatría entre las tareas benéfica, policial, médica, higiénica, racial, etc., le hace ser especialmente susceptible a la noción de lo que se entienda por vida, algo, ya lo he dicho, de lo que no puede prescindir. La indeterminación es máximamente compleja en esa zona, espacio o lugar de transición. Y la vida en su generalidad aparece ahí, entremezclada con todo tipo de problemas, y hay que decidirse. Pero la psiquiatría está afectada por varios procesos de determinación de lo indeterminado que provienen de fuentes distintas. Si bien el modo prioritario de determinación va a ser la objetivación vía representación, su problema es que la coherencia en su momento fundacional no le viene por adherirse al todavía incipiente modelo biológico que está en ciernes, sino por su vínculo con las prácticas objetivadoras que conforma la etapa propiamente médica, en las que la teoría de la degeneración alcanza un desarrollo e influencia notables, más allá de su vinculación al alcoholismo, la criminalidad y el genio³³. La liberación de los enfermos y su calificación y clasificación nosológica se debe a la salvaguarda del orden, antes incluso que a la obtención de un sistema internamente coherente de conceptos desde los que decir y predicar argumentativamente en los escenarios que se le requieran.

Pensar un concepto de vida ha resultado muy complejo. La fuerza ínsita en ella es difícil de exponer y recoger en su excedencia. Para la neurología estaba clara esta exigencia de completud e integración, pero ésta resultaba más fácil de manejar apro-

³³ HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (1987), *Locura y degeneración*, Madrid, CSIC.

vechando el concepto de representación. Por su parte, la psicósomática se consume anulándose al ser incapaz de dar cuenta de esa excedencia explícitamente tematizada, pero pensada en términos empírico-analíticos. Finalmente, la psiquiatría hace explícita la dependencia del lenguaje que tiene que decir, enunciar, de la enfermedad, y se desparra en múltiples caminos de los que algunos le conducen de lleno a la biopolítica. Resulta, por tanto, pertinente inquirir sobre esa fuerza de objetivación que comparte con la forma de gobierno de la sociedad, y, sobre todo, con la forma en que la esfera social va acaparando importancia en lo político.

3. LA VIDA Y LA POLÍTICA. EL NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA

Las diferentes formas de objetivación de lo humano en la política no se hacen transparentes más que de forma tardía. Coincidiendo con la transformación del concepto de racismo, de político y cultural a biológico y natural, en forma de una recodificación biológica de lo que antes estaba codificado en forma de lucha de razas —otra modalidad de la recodificación en lucha de clases³⁴, la psiquiatría pasa a constituirse en protectora científica de la sociedad. Cómo sucede este tránsito entre las responsabilidades asumidas por la psiquiatría y su conformación como saber científico, es algo en lo que el concepto de vida juega un papel crucial, por lo que debería tomarlo temáticamente. No obstante no lo hace, porque no se le presenta aislado y dispuesto a semejante quehacer teórico. Su conceptualización de la vida va a ser la que reciba desde la medicina, que es la que va a informar la teoría política en su afán por hacerse con un concepto de vida. La convergencia plena se halla al final del camino recorrido por ambas, cuando lo que se entiende por vida coincide por analogía con la nación, y la política acepta esta forma (el nazismo es ejemplar al respecto). Ambas, pues, deben participar de una noción indeterminada que es posible que se determine de acuerdo a la historia que comparten y a la época a la que pertenecen. Esta abierta indeterminación es la que ahora nos interesa examinar para advertir sus semejanzas y poder desprendernos de sus solapamientos permitiendo señalar los problemas propios de la psicopatología.

3.1. La hermenéutica del sujeto y la biopolítica

Resulta inevitable mencionar el nombre de Foucault en todo lo que se refiere a la biopolítica. Sin embargo, ni fue el primero en usar el nombre, ni mucho menos de

³⁴ ORTEGA, F. (2005), La abstracta desnudez del ser humano. Racismo y biopolítica en Hannah Arendt y Michel Foucault. En UGARTE PÉREZ, J. (Comp.), *La administración de la vida. Estudios políticos*, Barcelona, Anthropos, pp. 104-126.

ocuparse de la temática de la vida en relación a la política. Lo cierto, indudablemente, es que maneja con peculiar destreza las relaciones entre el campo político y psiquiátrico. En este sentido, la aportación de Hannah Arendt³⁵, que es anterior y no menos importante, carece de la relación específica con la psiquiatría que posee la de Foucault. Ambos, sin embargo, señalan el núcleo de la cuestión en la oposición entre individuo y totalidad. Preguntarse por las condiciones que dan lugar a semejante antinomia trágica es su problema a resolver.

Se trata de advertir cómo el sujeto deviene objetivado, no es dueño de sí, está sometido a la sospecha de instalarse en criterios de realidad que le sobrepasan. Cuando dirige su mirada sobre sí, encuentra una serie de asuntos que le hacen aparecer como un producto, ajeno a él. En este sentido podemos decir que poder es fundamentalmente objetivar, ser objetivado, por tanto ser determinado; sin remitir a una representación de algo no hay poder soberano. Ostentar el poder es ser capaz de representar en un orden político/jurídico una realidad trascendente, por ejemplo, la unidad de la nación, y poseer la capacidad de exclusión; en esto se constituye la soberanía tradicional.

Foucault advierte que esa objetivación adquiere formas sutiles y complejas por las que el individuo es violentado y sometido al poder. Esas formas asientan sobre prácticas antiguas vinculadas al cuidado de sí. La homogenización social moderna genera una política reducida a la administración de la vida³⁶. En la medida que el proceso político se hace más complejo, las prácticas objetivadoras se complican más y se inmiscuyen en la vida de los individuos³⁷. A medida que las formas del estado se hacen menos flagrantemente violentas, la dominación y el control de los ciudadanos se establece por medio de estrategias veladas en la propia actividad política, económica o jurídica. Esto es lo que nos muestra precisamente Foucault en el nacimiento de la biopolítica³⁸, donde la economía impone prácticas y pautas de acción interiori-

³⁵ ARENDT, H. (1993), *La condición humana*, Barcelona, Paidós, por ejemplo pp.109 y ss.

³⁶ GALINDO, A. (2005), *Política y mesianismo. Giorgio Agamben*. Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 40-45

³⁷ FOUCAULT, M. (1994), *Hermenéutica del sujeto*, Madrid, La Piqueta, pp. 34 y ss., 81 y ss. y 100.

³⁸ FOUCAULT, M. (2004), *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*, Paris, Gallimard/Seuil, p. 24. Foucault se dedica a estudiar la relación antinómica de la economía política frente al pensamiento político de los siglos XVI y XVII. Esta actividad económica autoconsciente produce una serie de regularidades que no dejan de tener su implicación en las prácticas gubernamentales de control de la vida. Se prioriza la libertad, pero las condiciones en que resulta posible el liberalismo económico entran en contradicción con la defensa de la libertad; al aplicar una racionalidad que fuerza a los individuos a integrarse en la totalidad del Estado, acontece el desastre; Cfr. Le sujet et le pouvoir. En FOUCAULT, M. (1994b), *Dits et écrits 1954-1988*, Vol 4, Paris, Gallimard, pp. 222-243. Desde el punto de vista metodológico, el escrito mencionado de 2004 (p. 5) señala desde el mismo comienzo (*Beginn*) la cuestión de método que nos interpela en la perspectiva biopolítica y psicopatológica, es decir, lo singular. El punto de partida (*Anfang*) es que «les universaux n'existent pas», algo que nos acompaña ya a lo largo de este escrito. Ver también, VEYNE, P. (2008), *Foucault. Sa pensée, sa personne*, Paris, Albin Michel, pp. 63, 118, 148.

zadas que se tienen por obviamente naturales. Para él, el estado moderno se caracteriza por haber hecho de la vida objeto de cálculo y producción, vínculo entre poder y vida. Aquí está de fondo Marx, leído de forma muy certera, y una interpretación de la modernidad que ya habían hecho Simmel y Weber y luego el marxismo renovador de Frankfurt (Kraakauer³⁹ y Benjamin, por ejemplo). No obstante, la vida, en Foucault, no pertenece ni al orden de la naturaleza ni al de la historia, se despliega en un espacio móvil en el que ambas se cruzan. La biopolítica se vincula a la subjetivización o a la muerte, o vuelve sujeto a su propio objeto o lo objetiviza definitivamente. La biopolítica supone que los hombres son reducidos a vida corporal, incluido el psiquismo, y sometidos a la cientificidad del experto. La impregnación positivista de ambas, biopolítica y psiquiatría, es el suelo de lo moderno que comparten. De modo que el psiquiatra se imbrica en los presupuestos de la biopolítica en su acción, al participar en su ámbito de objetividad.

Por su parte, Esposito desarrolla un abordaje impolítico de la vida por medio de su paradigma inmunitario. Al margen de su raigambre médico-biológica, está dirigido a satisfacer una comprensión de la modernidad política, de la inestabilidad y dinamismo político visto a través de los conceptos de comunidad y soberanía. Se trata de explicar, en parte del mismo modo que Foucault, el deslizamiento de la política mundial hacia la biopolítica. Su objetivo es una política de la vida, no sobre la vida, pues quiere introducir en la política la potencia de la vida y, a través de concebir la norma de forma inmanente a los cuerpos, favorecer una visión favorable a una existencia variada y plural evitando toda práctica identificadora vinculada con el nacimiento⁴⁰. La perspectiva del paradigma inmunitario prima en su consideración la deriva política extremista del nazismo⁴¹, interpelándonos sobre la actividad terrorista de la actualidad, el concepto de guerra preventiva, las cuestiones relacionadas con la biotecnología, la seguridad en la acción gubernamental, la significación económica, etc. Es un modo de pensar el equilibrio entre comunidad y subjetividad sin sobredimensionar ninguno de ellos. De esta manera, la vida necesita ser considerada como la posibilidad de darse sus propias normas, como una normatividad propia y capaz de afrontar riesgos, al modo de Canguilhem; pero, también, como un proceso de individuación que aborda, a partir de la semántica transindividual de Simondon, la transición entre lo preindividual y postindividual y pone el logro de lo individual como paso obligado para lo colectivo. Este darse sus propias normas debe entenderse en relación con aquéllas que son propias de cada campo, en que rigen intereses dife-

³⁹ KRAKAUER, S. (2008), *Los empleados*, Barcelona, Gedisa.

⁴⁰ ESPOSITO, R. (2006), *Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Grama ediciones, p. 72.

⁴¹ ESPOSITO, R. (2002), *Immunitas. Protezione e negazione della vita*, Torino, Einaudi, especialmente, por lo que al asunto se refiere, pp. 134 y ss. Ver también ESPOSITO, R. (2007), *Terza persona. Politica della vita e filosofia dell'impersonale*, Torino, Einaudi, pp. 134-172.

renciados. Para Esposito, hay que evitar que las filosofías inmunitarias impongan la transcendencia de la norma desde la necesidad de conservar la vida, supeditando la vida a la sujeción a la norma⁴². Esta es precisamente la biopolítica negativa, la tanatopolítica a evitar, con sus problemas condensados, contraídos y compactados.

3.2. La nuda vida. El límite y el umbral de la indistinción

Por ello no se puede decir que existe primero la vida, como dato biológico natural, y después su implicación en el derecho mediante el estado de excepción. La posibilidad de distinguir vida y derecho coincide con la articulación de la máquina biopolítica⁴³. En el intento de Benjamin de recusar la pretensión de Schmitt de reinstaurar la violencia en un contexto jurídico se señala precisamente el umbral de indistinción en el que instaurar la vida, suspendiendo una zona de alogia o anómica; del mismo modo que la relación entre norma y realidad implica la suspensión de la norma, la relación entre lenguaje y mundo implica la suspensión de la denotación bajo la forma de una *langue*⁴⁴. Habitar este espacio va a requerir otro tipo de actividad intelectual que se haga cargo de esa suspensión y deje claro que no preexiste nada puro antes de su puesta en juego. Es decir, no hay una vida sustancial a la que nos podamos remitir en un proceso de intelección que, desmantelando oposiciones y adherencias, permita acceder a un estrato sustancial más allá o más acá del juego que se juega. Se juega el juego de la predicación, del decir en cada caso algo de algo, desde un singular para el que se carece de ley. Este juego es tan antiguo como nosotros mismos, y se puede confundir con el momento de discernimiento entre naturaleza y técnica. La técnica precisamente marca el umbral de articulación entre el hombre y el animal.

4. LA PSIQUIATRÍA Y LA BIOPOLÍTICA

La teoría política y la propia actividad política, la práctica de la política, parecen requerir un concepto de vida hasta tal punto que, como he mencionado más arriba,

⁴² ESPOSITO, R. (2006b), *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, p. 298.

⁴³ AGAMBEN, G. (2004), *Estado de excepción. Homo sacer II, I*, Valencia, Pre-textos, p. 127.

⁴⁴ AGAMBEN (2004), p. 89; BENJAMIN, W. (2007), Hacia la crítica de la violencia. En *Obras. Libro II*, Vol. 1, Madrid, Abada Editores, pp. 183-207; SCHMITT, C. (1985), *La dictadura*, Madrid, Alianza, pp. 221 y ss.; SCHMITT, C. (1975), Teología política. En *Escritos políticos*, Madrid, Doncel, pp. 33-93. Contra Schmitt, ver HELLER, H. (1985), *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, pp. 259 y ss.; asimismo, TAUBES, J. (2007), *La teología política de Pablo*, Madrid, Trotta, pp. 149 y ss.; KERVÉGAN, J.F. (2007), *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, Madrid, Escolar y Mayo Ediciones, especialmente pp. 259 y ss.

es en la noción de vida donde se sustancia el carácter de lo político, en la medida en que se entiende como una objetivación sin la cual el poder no puede aplicarse. La diferencia entre el hombre y el animal —marcada por el *logos*, la capacidad de hablar, de decir, de argumentar— engarza con problemáticas antiguas que ahora, en la época de los grandes cambios políticos de Europa tras la primera guerra mundial, pone sobre el tapete la conflictividad que arrastra la transformación liberal capitalista de la sociedad, la destrucción de las relaciones y la artificiosidad abstracta en que se desenvuelven. Esta capacidad dota al hombre de una distinción que permite su inclusión en la ciudad, su separación de un resto de animalidad que deja articular un cierto tipo de humanidad. Aquí se establece la primera distinción que va a desarrollarse a lo largo de toda la cultura occidental, pero sólo en la modernidad se consolidará y se desarrollará hasta alcanzar la suprema y más extrema forma, el nazismo, que consiste en la puesta en práctica de una teoría biológica aplicada a la política. Es la confluencia entre teoría biológica y política sin mediaciones, de una política abstracta y pobre y de una biología que, gracias a la legitimidad que le otorga el positivismo, se alza como verdad incuestionable.

4.1. La facticidad y la subjetividad

Heidegger ordena la experiencia básica de su obra *Ser y Tiempo* como una analítica de sí mismo⁴⁵. Para ello aborda la problemática de la vida como un presupuesto fundamentalmente antipositivista, en línea con la crítica de Jaspers y Arendt. El objetivo es escapar a una sustancialización de la subjetividad que nos hunde en un concepto de vida que queda íntimamente vinculado con la naturaleza. El pensamiento racionalista había sostenido la continuidad entre pensamiento y ser, es decir, una modalidad de argumento ontológico que va a ser desactivado por Kant definitivamente en la dialéctica trascendental. Sobre esta base se había ido construyendo lentamente la distinción entre materia y forma como la posibilidad de pensar de manera limitada, es decir, vinculando la intuición al concepto. Es el reino del entendimiento. Un entendimiento que a lo largo de todo el siglo XIX no dejará de observar como deseable el mantenimiento de un cierto ideal de racionalidad, que, en definitiva, se compadece con la posibilidad de alcanzar una determinación completa de las

⁴⁵ HEIDEGGER, M. (1979), *Sein und Zeit*, Tübingen, Niemeyer; DUQUE, F. (2002), *En torno al humanismo. Heidegger, Gadamer, Sloterdijk*, Madrid, Tecnos, p. 40; LEYTE, A. (2005), *Heidegger*, Madrid, Alianza; GANDER, H.H. (2006), *Selbstverständnis und Lebenswelt*, Frankfurt, Klostermann, pp. 111 y ss., 317 y ss.; XOCOLOTZI YÁÑEZ, A. (2004), *Fenomenología de la vida fáctica. Heidegger y el camino de Ser y Tiempo*, México, Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, pp. 160 y ss.; AGAMBEN, G. (2008), La pasión de la facticidad. Heidegger y el amor. En *La potencia del pensamiento. Ensayos y conferencias*, Barcelona, Anagrama, pp. 300-332.

cosas; si bien ahora se va hacer uso de él vía significado. La inversión del orden de pensamiento y ser se realiza plenamente por medio de la convicción que permita conferir a la naturaleza la completa determinación de lo que hay, y por tanto del pensamiento. Este es el orden que se pretende socavar con las herramientas que pone en obra la hermenéutica de sí mismo. La significación de la facticidad se consolida como la más importante resistencia contra la biología, en la misma medida que lo hace frente al humanismo. Pretende acabar con la dualidad radical que ha dado lugar a la metafísica occidental y que está a la base de la lógica binaria que lo inunda todo. De modo que nuestro modo de ser es estar abiertos a una relacionalidad previa a las cosas, permitiendo que éstas aparezcan en un lugar en que se encuentran las interpretaciones del hombre en un flujo desprovisto de determinación, que permite establecer diferencias entre dos aspectos que se dan.

La facticidad de la vida exige otro tipo de mirada que aquella vertida sobre el concepto de vida puesto sobre el tapete precisamente por las filosofías de la vida. En estas filosofías de la vida se llegó a dar, como de hecho sucede en nuestro presente, una animalización de la vida, con las consecuencias por todos conocidas. Estas teorías biologicistas son el contrapunto de las humanistas como estrategias de amansamiento por la lectura, bajo la aceptación que los hombres son animales sometibles a influjos externos⁴⁶. Entre el extremo que supone el nazismo y la cosificación de la concepción biológica que pretende una sociedad de individuos exentos de toda diferencia, debe poder concebirse un terreno intermedio que posibilite pensar la vida en su versión subjetiva, individual y comunitaria sin perder de vista la raíz viviente de donde proviene, el fondo desde el que es posible y deseable pensar al individuo concreto.

4.2. La subjetividad: que la naturaleza sea libertad

Así pues, ni reducción a una vida que se piensa como principio y legitima la completa determinación, ni autocontrol mediado por el amansamiento cultural de una misma animalidad que se pretende una cualidad diferente como resultado de ese amansamiento. Se trata de pensar la subjetividad como una procesualización, aceptando su facticidad, esto es, la falta de una completa autotransparencia; se trata, por tanto, de pensar la subjetividad como limitación, individualidad y ambivalencia, al descasar en un fundamento que no posee ni puede poseer. La psiquiatría se encuentra de lleno metida en este debate, que desde hace unas décadas ha ido impregnando cierta perspectiva de la política y la filosofía. En su entraña se cuece el sentido y alcance de la significación dada a la biología, a la subjetividad, y hasta qué punto depende la una de la otra.

⁴⁶ SLOTERDIJK, P. (2000), *Normas para el parque humano*, Madrid, Siruela, pp. 32, 35, 62.

Toda teoría de la psiquiatría requiere asentarse en un comienzo cierto, como todo saber positivo se exige a sí mismo determinar lo indeterminado. También es pertinente preguntarse si esto siempre es así, al margen de que quede impensado aquello que no resulta dependiente de la vida biológica, el ser para sí, el saber de sí⁴⁷. El problema es que la estructura del comportamiento que es el psiquismo se mueve en una oscuridad, en una complejidad, derivada de realizar, al mismo tiempo, la liberación de lo superior de lo inferior, y de fundar aquél en éste. Pero la vida humana, la vida de la conciencia, no es un objeto, ni se conoce por representación, y la comprensión que la hace accesible tampoco es una intelección⁴⁸.

Tenemos que poder ser capaces de pensar la libertad siendo naturaleza, pero para ello hay que huir de las posiciones que nos remiten siempre al dispositivo de pensar binario. Escapar a un sujeto moderno, a la conciencia autorreflexiva como centro de inhesión de propiedades. La libertad no se puede predicar de éste⁴⁹. Así pues, tiene que asentar en la negatividad que funda la posibilidad del pensamiento, la que articula ese umbral, esa oscuridad, ese punto ciego que es la subjetividad, la cual se asienta en la indisponibilidad, capaz de exceder sus formas y realizaciones: la forma en que la subjetividad se pone como pudiendo no ser; ponerse en el lugar del Absoluto que, sin embargo, no es⁵⁰; estar en su lugar sin serlo⁵¹.

4.3. La individuación en biología y la psicopatología

Ni el paradigma inmunitario de Esposito ni la arqueología foucaultiana permiten esa intromisión de la actividad de la negatividad en la productividad del enfermo

⁴⁷ HENRICH, D. (2005), *Vida consciente*, Madrid, Síntesis, pp. 108 y ss.

⁴⁸ MERLEAU-PONTY, M. (1972), *La structure du comportement*, Paris, PUF, pp. 199 y 241.

⁴⁹ AGAMBEN (2008), p. 295.

⁵⁰ AGAMBEN, G. (2002), *El lenguaje y la muerte. Un seminario sobre el lugar de la negatividad*, Valencia, Pre-textos, pp. 59, 121, 141, 164; JIMÉNEZ REDONDO, M. (2007), Por qué no hay manera de librarse de Hegel. En ALONSO MARTOS, A., MARAGUAT, E. (Eds.), *¿Librarse de Hegel? Una irritante presencia en el pensamiento contemporáneo*, Valencia, Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat, pp. 205-223.

⁵¹ Que la naturaleza sea libertad es una pretensión necesaria para no perder de vista que el principio de subjetividad se vierte afuera pero tiene que ser recuperado como fuerza de individuación. Es lo que quiso Schelling con su filosofía de la naturaleza, pero aquello acabó como *Naturphilosophie*, es decir, como positivismo. Cfr. SCHELLING, F.W.J. (1996), *Escritos sobre filosofía de la naturaleza*, Madrid, Alianza; SCHELLING, F.W.J. (2006), *Panorama general de la literatura filosófica más reciente*, Madrid, Abada, pp. 85-159. Dentro de la bibliografía secundaria TILLIETTE, X. (1992), *Schelling. Une philosophie en devenir*. Vol. 1: *Le système vivant*, Paris, Vrin, pp. 127 y ss.; SERRANO MARIN, V. (2008), *Absoluto y conciencia. Una introducción a Schelling*, Madrid, Plaza y Valdés, p. 216. En qué sentido el espinosismo schellinguiano supone una alternativa al pensar determinista es algo sin una respuesta clara. Otro espinosismo es el de Deleuze, que también tiene sus consecuencias en lo que toca a la individuación y a la formación de un campo trascendental sin sujeto. Cfr. DELEUZE, G. (1997), *Différence et répétition*. Paris, PUF y DELEUZE, G. (1989), *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós.

en la que se genera, por parte del psiquiatra y en el encuentro con el paciente, la actividad psicopatológica. Tampoco lo permite la consideración de lo humano de Agamben, esto es, la nuda condición humana más allá de toda consideración económica, política, estética, erótica o moral de la misma⁵². Y ello con independencia de sernos particularmente relevante su propuesta. El manejo de las relaciones de reflexividad en un lenguaje que no sólo no es perfecto, sino que no puede serlo, nos impulsan a considerar la incesante aportación de material subsignificante, que comporta todas las esferas mencionadas, y al ejercicio indefinido de tratar de abarcar la vida viviente, en cuanto instalada en un umbral de indeterminación, del paciente que se presenta ante nosotros. Y ello sin menoscabo de lo propiamente vivo en él, vivo como nuda vida. Pero lo vivo, otra vez, no es ningún substrato aislado y diferente de su concreción carnal y social, sometido a un campo de habitualidades que, en cada caso, conforman el espacio o zona de empiricidad que la psiquiatría exige y de la que parte. Ese campo se solapa con la biología, con la política, y otros muchos campos; es el campo en cuanto mera indeterminación susceptible de ser determinado por una actividad que lo inscriba en un contexto de sentido; es el modo de individuación de la psicopatología. Esta individuación es paradigmática, es decir, se produce en la singularidad, y su exposición (su inteligibilidad) no precede al fenómeno a inteligir, sino que está, por decirlo así, a su lado⁵³.

La individuación en la biología muestra, desde la problemática teleológica en la *Crítica del Juicio*, que hay individuos que no tienen una regla definida de antemano bajo los cuales puedan ser legaliformemente subsumidos, pensados, clasificados, determinados. La dualidad en la que se inscribe la forma del pensar kantiano dificulta resolver el asunto con las garantías de no dejar flecos sueltos, es decir, no colar de rondón resultados al margen de este proceder. Una forma de tratar de pensar la individualidad es la que ha propuesto Simondon, usando el concepto de pre-individual⁵⁴. Parece que esta forma de pensar la individualidad trata de comprender la génesis social y refundar las ciencias humanas. Esta forma de pensar en la que el sujeto no es escindible de la raíz viviente de la que proviene, aun a costa de reconocer que no hay naturaleza o esencia que permita fundar una antropología (esto es, que la diferencia entre fase psíquica o biológica o física es de nivel y de función) no nos resuelve el problema que necesitamos, a saber: enunciar algo de alguien en concreto. De alguien, no de algo. Se entiende que desde el punto de vista político se quiera buscar una instancia que no sea representable, que no esté vinculada con el nacimiento como dependencia biológica, que no dependa de otra instancia susceptible de ser some-

⁵² GALINDO (2005), p. 140.

⁵³ AGAMBEN, G. (2008b), *Signatura rerum. Sul metodo*. Torino, Bollati Boringhieri, pp. 25-34

⁵⁴ SIMONDON, G. (2007), *L'individuation psychique et collective*, Paris, Aubier, pp. 125, 163, 215 y ss.; SIMONDON, G. (2008), *Dos lecciones sobre el animal y el hombre*. Buenos Aires, La Cebra.

tida a una actitud decisionista en vista de su lugar en un determinado contexto y al margen de su relación política con quienes comparte su experiencia vital. Pero no veo que deje de ser otra estrategia del pensamiento biológico o complejo para inventarse el comienzo, como si hubiese un principio que se acredita por el resultado final, un principio que legitima el comienzo y que se posee —en este caso, como un intersticio teleológico, que viene a dar en el tolladar del biologicismo, en el que se traspasan los límites de la autoconciencia hacia un saber de sí completamente autotransparente⁵⁵. Frente a este pensamiento binario —si-no, identidad-no identidad, compatibilidad-incompatibilidad—, asentado en una ontología natural que toma los singulares como subsistentes desde sí, se requiere abordar la realidad de forma que los singulares dependan de una totalidad, de una relación uno-todo, sin destruirlo como singular⁵⁶.

La psiquiatría tiene que ver con la biopolítica, ya está dicho. Está inserta en ella, más allá de su deseo de estarlo o no. La cuestión consiste, por una parte, en apropiarnos conceptualmente del recorrido que lleva a cabo desde los momentos en que empieza a tenerse en cuenta y se desarrolla para comprender en qué modo está implicada, hasta qué punto nos interpela y nos sentimos concernidos por ella y, en segundo lugar, cómo podemos y debemos sustraernos a las derivas teóricas que comporta sin sucumbir a la aporeticidad que le es, parece, inherente, sacando el máximo beneficio de sus elaboraciones conceptuales. Advertir lo propio de la experiencia psiquiátrica y estar a la altura de sus exigencias, precisamente en y desde el dialogo que supone la biopolítica, nos puede marcar los límites a los que nos debemos restringir de cara a lo que nos interesa, una psicopatología capaz de decir algo de alguien en concreto. Esto significa liberarnos de la noción de vida como origen cronológico que legitima la forma deductiva de pensar y la objetivización que le acompaña y que, además, se somete a la soberanía biopolítica, que retroactivamente genera de nuevo el pasado objetivante de lo que aparece. Hay que desactivar este modo de pensar, y no sólo por razones políticas, sino —en lo que importa a la psicopatología— también por razones epistémicas. Así pues, genealógicamente hablando, el sujeto no tiene origen; pero se trata de advertir su punto de insurgencia desde un punto de vista arqueológico, y acceder al presente de lo que aparece haciendo posible que el pasado, lo anterior, actúe en el futuro⁵⁷.

⁵⁵ Esto es otra forma de decir que el concepto es sólo lo interior de la naturaleza o que la identidad se resuelve en términos lógicos a través de la vida (Hegel); lo importante es decir cómo sucede esto con solvencia, cosa que en todo caso sí intenta decir Hegel, y casi nadie más.

⁵⁶ DELEUZE, G. (2007), *La immanencia: una vida...* En *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, Valencia, Pre-textos, pp. 347-35; AGAMBEN (2008), pp. 388-418; ESPOSITO (2006b), pp. 307-312. Todo parece indicar que se debate el mismo problema de lo individual, entre *la vida* y *una vida*, que es el mismo asunto que importa a la psicopatología; lo que pasa es que no parece claro que desde allí nos permita aclararnos mejor, aunque resulte enormemente sugerente por tocar todos los palos que están concernidos en la cuestión.

⁵⁷ AGAMBEN (2008b), pp. 90 y 106.

4.4. Habitar el umbral. La negatividad y la articulación de la zona de indeterminación

La cosa en cuestión, a lo largo de todo lo que llevamos elaborando, consiste en ser capaces de afrontar la experiencia psiquiátrica a la medida de la realidad, adecuada a las efectivas disponibilidades del hombre, que es vida, que es individualidad y que tiene que escapar a las añagazas de la política y el positivismo, precisamente desde una impolítica y una práctica psicopatológica que se adecue a ella. Vida, por tanto, como el sitio, el lugar, el vano, donde se produce la sensación, donde el hombre y el mundo salen recíprocamente al encuentro.

La psiquiatría no tiene otra que desenvolverse en esa zona de indeterminación que es inherente a la praxis de la que depende. El recorrido histórico, así como la comparación con la política, nos han mostrado que el concepto de vida ocupa ese lugar en que la indeterminación se ha vuelto o convertido en el lugar propicio para el debate que marca el umbral en que se decide lo que hay, de lo que se trata, el negocio del que nos ocupamos. Lo verdaderamente relevante es que a la psiquiatría esa indeterminación le acompaña de una forma esencial, no circunstancial como, por ejemplo, le sucede a la neurología, que puede conjurarlo con relativa facilidad; así también la política, como nos muestra sin ningún género de dudas la historia. Forma parte de la tarea formativa de los psiquiatras el aprender a moverse en este ámbito con el rigor que requiere. Pero el rigor propio de la psicopatología habita en el mismo sitio en el que se desenvuelve la predicación, es decir, en la individuación. Tiene que buscar la forma de insertarse en el espacio entre universal y particular, o del gesto paradigmático de lo singular a lo singular⁵⁸. Tiene que adoptar el tiempo como hiato que marca la escisión en la que somos y tiene que romper con la dualidad que genera esta situación de penuria. Esta dualidad ofrece distinciones entre materia y forma, interior y exterior, entre objeto mensurable y sujeto mensurador, esencia y apariencia, etc., que articulan figuras de la conciencia que se esfuerzan por pensarla, siempre sin un éxito definitivo, pero no sin consecuencias, y menos en nuestro campo.

4.5. Pensar el campo psicopatológico desde las operaciones concretas

El concepto de campo, que tanto ha trabajado Bourdieu, nos pone sobre la tarea de definir un concepto de vida que sin prescindir de las aportaciones de la biología ni de la política nos ofrezca un ámbito propio. Porque el concepto de campo surge de aplicar un pensamiento relacional del que sólo se puede hablar cabalmente si no se

⁵⁸ AGAMBEN (2008b), p. 29: «Secondo la definizione aristotelica, il gesto paradigmatico non va dal particolare al tutto e dal tutto al particolare, ma dal singolo al singolo».

deja entre paréntesis a los agentes implicados en su producción como valor de conocimiento, de producción y de consumo. Sólo el psiquiatra es productor del concepto de vida que le compete, en el que participa la medicina y la política, pero no determina: no hay representación al que cuadre un concepto de vida de semejantes características. Los esquemas implicados en el *habitus*⁵⁹ de la práctica psicopatológica le confieren al psiquiatra habilidades y competencias como portador del hábito que le caracteriza, que se adapta al universo donde se desenvuelve su práctica, anticipando y prefigurando su acción. Es exigible una manera de pensar la vida que arraigue en estructuras adecuadas a la praxis de la psiquiatría y de la psicopatología, que se adapte a las particularidades impresas en la formación de su lenguaje, que no se compadece con el seguidismo semiológico médico. Si la política como ciencia humana es especialmente favorable para ofertar modelos para pensar la concreción de la enfermedad mental en muchos aspectos, vemos aquí que se aparta de nuestro camino, pues excluye posibilidades en la medida que no permite asimilar esa historia conceptual de la formación del signo en psiquiatría⁶⁰. Queda la subjetividad supeditada a una concepción de la biología que, por muy actualizada que se muestre, no se aviene al carácter empírico de la práctica clínica, donde la concreción vital se tiene que llevar a cabo a partir de completar el singular de partida en una continua remisión contextual del caso de que se trata.

Las modalidades al uso de pensar la vida se asientan de manera preferente en un modelo representacional, identificante, mítico y activo, tendente a crear unas condiciones transcendentales de la experiencia en la que se ha venido asentando y proclamado su inexcusable, pero relativo, éxito. Relativo, porque a la altura en la que nos encontramos de la historia occidental ha topado con sus límites. En psiquiatría, esos límites han estado presentes desde su mismo comienzo, y las particularidades que le caracterizan como especialidad médica tienen que ver con ellos. Es decir, con la necesidad y, al mismo tiempo, la insuficiencia para manejar un concepto de vida que no fuese sometido ni sometible a los requerimientos mencionados, es decir, representacionales, por usar un término concreto. Su desarrollo histórico, frente a lo que pudiera parecer en un primer vistazo, se ha visto acompañado por la confrontación permanente con esos límites metodológicos que se han esclarecido de una manera inequívoca en el desarrollo de su lenguaje como una semiología médica, una psicopatología descriptiva, que no ha dejado nunca de ser o, si se quiere, no ha pasado de ser, un mero programa de investigación. Por lo tanto, algo meramente tentativo y fallido en

⁵⁹ BOURDIEU, P. (1980), *Le sens pratique*, Paris, Minuit, pp. 91 y ss.; MARION, J.L. (2008), *Sobre la ontología gris de Descartes. Ciencia cartesiana y saber aristotélico en las Regulae*, Madrid, Escolar y Mayo, pp. 35 y ss.

⁶⁰ LANTERI-LAURA, G. (2003), La sémiologie psychiatrique: histoire et structure. En FUENTENEBRO, F., HUERTAS, R., VALIENTE, C. (Eds.), *Historia de la psiquiatría en Europa. Temas y tendencias*, Madrid, Frenia, pp. 211-230.

sus altas pretensiones. Esto es importante. La empresa psiquiátrica, ofrecida a través de la herramienta semiológica, presuntamente neutra, depende de lo que se entienda por vida biológica sin querer saber de sus orígenes ni de las complicaciones políticas en que se encuentra, por más que de algunas de ellas sea la responsable.

En otro sitio hemos tratado de delimitar el lugar de la experiencia psiquiátrica como la transición de la voluntad a la naturaleza⁶¹, zona invisible e irrepresentable, pero no menos real que la derivada de una secuencia de determinación sensorial, o si se quiere extensa, anticipada por condiciones a priori. Este lugar no está presidido por ese tipo de experiencia identificadora, mítica y representacional, pero no carece de una pretensión trascendental, en la medida que importa al cómo se da y no depende en exclusiva del agente que enuncia la experiencia. Una experiencia que sabe que su negocio está dirigido y guiado por el concreto singular que se le presenta y del que tiene que argumentar. En el proceso de enunciación se pone de manifiesto que esta experiencia resulta ser una tarea indefinida de posibilitar que el individuo, el caso, adquiera contenido por medio de una praxis que apela de continuo al trabajo de lo negativo, trabajo de suyo inscrito en la intelección que el psiquiatra lleva a cabo de forma incesante cada vez que se enfrenta a un paciente. La correlación entre lo visible y lo enunciable, que había sido asentada por la medicina clínica con su sesgo positivista, ocultaba, por una parte, que lo sensible es inagotable para la percepción y, por otra, que la objetividad se asienta en una estructura lingüística de lo dado, que hay una correlación con el lenguaje que desborda la pretendida simplicidad predicativa que sostiene la relación del hombre con la verdad⁶².

La semiología psiquiátrica que se ofrece en forma de psicopatología descriptiva se tiene que convertir en una psicopatología como mero esquema vacío, como un modo de hacer hueco para llenar el concepto que trata de pensar el caso que tiene ante sí, pensarlo después de haber entrado en relación con él. Se piensa después porque ya antes se ha accedido al encuentro, en el que la alteridad radical de yo y otro no son accesibles, pero permiten ese acontecimiento. Este hacer hueco no es meramente pasivo, pero tiene que dejar de ser el forzar a la aparición de un contenido representacional unificador y limitante. Es, en cierta medida, un dejar ser que lo que aparece lo haga siendo lo que es en tanto ha sido. Este asumir esa aporía es el trabajo negativo y la limitación hermenéutica que impone la cosa misma. No podemos decir algo de algo con la pretensión de que sea verdadero para cualquiera en cualquier lugar, no podemos movernos al mismo tiempo en el plano teórico y tratar de aprehender la acción del otro. Cuando hablamos del otro, lo hacemos después, o en otro sentido, es una posterioridad anterior. Sólo mediante la reflexión, que es el trabajo de lo negativo, de desistencia, se hace posible, indirectamente, llegar a imaginar aquello

⁶¹ RAMOS, P., REJÓN, C. (2002), *El esquema de lo concreto*, Madrid, Triacastela.

⁶² FOUCAULT (1977), pp. 275-279.

que de ningún modo puede ser visto⁶³. Pretender hacer visible la trama de visibilidad que permite ver lo que se ve y equiparar ambas cosas, es no comprender su inabordable esencial y sucumbir al subterfugio y el engaño, con lo que esto significa empírica y metodológicamente.

Si la biopolítica deja bien claro que la desubjetivización es una ineludible concepción para escapar a los requerimientos de la soberanía decisionista y violenta, con todas las consecuencias, pasadas y presentes a la vista de todos, a nosotros, desde las necesidades propias de la práctica psicopatológica, tanto histórica como clínicamente, debe hacernos replantear el lugar de la subjetividad como una conceptualización necesaria de la psiquiatría. Ambas se asientan en la misma experiencia basal a toda nuestra forma de hacer frente a la realidad, tanto más si a esa realidad la llamamos vida. Esa experiencia basal es la propia del lenguaje y de la enunciación, de la que no tenemos escapatoria porque en el acceso al lenguaje se efectúa el paso de una noción sustancial a otra meramente funcional de la subjetividad; y esto es enormemente relevante para la práctica psiquiátrica, no sólo de cara al reconocimiento de cada síntoma, sino de la misma conformación nosotóxica que realizamos a diario en la actividad clínica.

Recibido: 13 julio 2008

Aceptado: 25 abril 2009

⁶³ PARDO, J. L. (2004), *La regla de juego*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 540 y ss., 600, 627, 664, 680.

